

país. Y, en efecto, halló entre esos hombres á sus más temibles enemigos, el eduo Dumnórix, el treverio Induciomaro, el arvernio Vercingetórix. No renunciaba adrede á su alianza. Su política era harto hábil y las circunstancias demasiado variables para que pudiera adoptar una regla absoluta. Solicitó y creyó alcanzar la amistad de Vercingetórix. No perdonó medio para atraerse á Ambiórrix, el rey de los eburones. Impuso á los senones y á los carnutos los descendientes de sus antiguas dinastías, Cavarino y Tasget. Pero de todos los que ocupaban el trono ó lo pretendían, sólo estos dos le fueron leales hasta el fin.

La monarquía parecía á los galos la forma necesaria de la democracia, y una antipatía invencible separaba de Roma á los demócratas. Una declaración contra los romanos coincidía casi siempre con una insurrección popular, y á una derrota seguía el predominio de la aristocracia. Hemos visto que los arvernios iniciaron el gran movimiento del 52. En el 56 los lexovios, los aulercios y los eburonicos empezaron por exterminar al Senado porque en las tres ciudades se negaba á votar la guerra. Cuando triunfaban los romanos, los nobles se sometían al vencedor culpando de la derrota á la muchedumbre, y no les parecía muy caro el restablecimiento de su autoridad, logrado á costa de un desastre nacional.

César conquistó la Galia con auxilio de los galos. Gran parte de sus legiones, de sus auxiliares, los había reclutado en las provincias Cisalpina y Transalpina, donde mandaba, y cuyos habitantes, acostumbrados á servir en los ejércitos de Roma, no se sentían solidarios de los pueblos de su misma raza establecidos lejos, en las márgenes del Loira y del Sena. Aun estos últimos dieron contingentes al invasor. En cada una de sus ciudades podía encontrar, entre los personajes más influyentes, aliados y amigos. Mantenían éstos á la nación en la obediencia ó de nuevo la sometían al yugo extranjero. El pictón Duracio, el nervio Vertisco, el treverio Cingetórix eran, entre sus compatriotas, los espías de los romanos. El arvernio Epsanact entregó al vencedor de Uxellodunum, al verdugo de esta ciudad heroica, la persona del cadurco Lucterio, que allí se defendiera. Los campeones de la independencia hallaron adversarios y traidores hasta entre sus parientes. Cingetórix era yerno de Induciomaro. Diviciaco, hermano de Dumnórix, fué el guía y confidente de César. El tío de Vercingetórix arrojó á éste de Gergovia.

Todos los ejércitos opuestos á los romanos eran democráticos. Tratóles César con infinito desprecio, como á una horda de vagabundos, de bandidos, que se hubiera lanzado al campo por odio al trabajo y amor al botín. Ciertamente influyó en ello la altivez patricia. También hay que tener en cuenta el despecho del conquistador, á quien aquellas partidas disputaron tantas veces la victoria. Sin embargo, no cabe dudar de que aquellas descripciones injuriosas encerraban alguna verdad. Aquellas masas de patriotas reclutados entre la hez de la sociedad debían formar gran contraste con las legiones. Habiendo optado por la guerra, aclamaban por jefe al que á ella les conducía. Así se explica que Estrabón, tomando un hecho revolucionario por una institución normal, atribuyese, contra toda verosimilitud, á la plebe el derecho de nombrar el general. Este jefe,

elegido por sus soldados, sólo gozaba de una autoridad precaria. Las sospechas y las acusaciones de que era objeto Vercingetórix después de cada derrota, constituyeron la mayor dificultad que halló en su empresa este caudillo.

Una observación del mismo César nos permite apreciar el lamentable estado general de la Galia. Era raro, nos dice, que transcurriese un año sin que la ciudad se alzase en armas para atacar ó rechazar á sus vecinos. Como si no bastase la discordia existente en toda ciudad y en toda familia, la guerra entre las ciudades no cesaba un solo instante.

Aquí aparece un problema que no podemos resolver con una negación ni con una afirmación categórica. ¿Existía en la Galia, no obstante sus conflictos de continuo renovados, algo que representase la idea del patriotismo? Para el galo como para el griego, la única, la verdadera patria era la ciudad. Se sacrificaban por ella cuando no les cegaba el interés de una facción. No por eso dejaba de existir entre los diversos pueblos un vínculo de raza, de lenguaje, de costumbres, de religión, que, sin destruir por completo sus mutuos rencores, les unía unos á otros. De aquí una especie de patriotismo generoso que al fin despertó bajo los repetidos ataques del invasor.

Es curioso seguir el nacimiento y desarrollo de ese sentimiento. Por lo pronto, las rebeliones son locales ó regionales, sin concierto previo, sin unidad, y luego e acuerdo se realiza poco á poco y se coordinan y se propagan los esfuerzos. En 54 la mitad de las Galias se subleva y los eburones, los treverios, los nervios, los aduáticos, los senones, los carnutos y la lejana Armórica empuñan las armas; otros se declaran prontos á imitarles. El eburón Ambiórrix es el alma de la conjura. Se expresa ante los emisarios de César con atrevido lenguaje. Trátase de una empresa en que toma parte toda la Galia. Llegó para todos la hora de reconquistar la libertad. ¿Qué galo negará su auxilio á sus hermanos empeñados en tan noble empresa? Estas palabras memorables brotaron con mayor fuerza de labios de Vercingetórix. Conmovieron la nación; pero no la arrastraron por entero ni por largo tiempo. El concurso prestado al jefe arvernio no será unánime, ni falta de segunda intención, ni duradero. Los pueblos, arrebatados por este entusiasmo, no tardarán en arrepentirse; volverán á su política mezquina, y sumándose el egoísmo de las ciudades con el de los partidos, logrará que la patria gala viva un solo día.

Los galos no carecían de instituciones federales; pero sus agrupaciones eran con frecuencia parciales, inestables siempre, y en general impuestas por la fuerza. Se fundaban, no ya en la igualdad de los contratantes, sino en el principio de la clientela transportado al dominio de las relaciones internacionales. La dependencia de los Estados clientes tenía grados y podía llegar hasta la sujeción. En la leva ordenada por Vercingetórix para socorrer á Alesia, los cadurcos, los gabalos, los vellavos no formaron ejércitos distintos. Sus contingentes se confundieron con el de los arvernios. Lo mismo ocurrió á los segusinos, ambivaritios, aulercios brunovicos con relación á los eduos. Otros conservaban su autonomía militar y política. Formaban parte de una liga de la que era jefe el Estado dominante. Los eduos

governaban de esta manera á los bitúrigos-cubios, los senones y los parisienses.

Cuando varias ciudades se apercibían á una empresa común, elegían diputados que se reunían en congreso. Así procedieron las ciudades belgas en el 57 al rechazar á los romanos. Todas ó casi todas las ciudades galas enviaron representantes al congreso que el 52 celebró en Bibracto Vercingetórix. Se trata de conciertos temporales que no hay que confundir con las federaciones propiamente dichas.

El pueblo que lograba agrupar en torno suyo mayor número de clientes, se arrogaba la hegemonía. Este privilegio y el conflicto entre aristócratas y demócratas perturbaban y dividían la Galia.

Pocos eran los pueblos que pudiesen aspirar á la hegemonía. En el Belgio los treverios y los nervios constituían potencias de primer orden que disponían de considerable clientela, en especial los treverios, que gobernaban á un pueblo como los eburones. Pero la supremacía perteneció, hasta la aparición de los romanos, á los susiones. El porvenir parecía deber aumentar su poderío. Su rey Diviciaco había sido el mayor potentado de la Galia. Su autoridad se extendió hasta Bretaña. Su sucesor mediato ó inmediato, Galba, se puso á la cabeza de la coalición de las ciudades belgas el 57. Las intrigas de César y el prestigio de Roma arrancaron de aquel haz la nación de los remos. Hasta entonces habían figurado en la clientela de los susiones y obedecido á iguales leyes y al mismo rey que éstos. Su defección invirtió los papeles, y en lo sucesivo los susiones pasaron á la categoría de clientes.

El Belgio formaba una agrupación aparte. Sin embargo, estuvo sometido durante algún tiempo á los arvernios, que entonces, en el siglo II antes de J. C., constituían el primer Estado de la Céltica. El poder de sus reyes igualaba al esplendor de que éstos solían rodearse. Hemos hablado de los cadurcos, los gabalos, los vellavos, pueblos que les estaban sometidos en la época de César. No eran sino los restos de una confederación más vasta, en la que entraron, al par de los rutenios, los volcos, los helvecios, los alobroges, la mayoría de los Estados galos, desde el Pirineo hasta el Océano y el Rhin. Tales son los límites señalados por Estrabón al Imperio de los arvernios. Esta dominación desapareció tras la victoria de los romanos en 121; pero dejaba un recuerdo profundo, al que Vercingetórix quiso prestar nueva vida.

Los eduos fueron los rivales de los arvernios y en cierto modo sus herederos. Compartían con ellos en el siglo primero antes de J. C. la hegemonía de la Céltica. Resguardados por la cordillera del Morván como los arvernios por la meseta central, en el punto de unión de los valles del Loira, el Sena y el Saona, dominaban el primero de estos ríos por los bitúrigos-cubios, y el segundo por los senones y los parisienses. Por los segusinos llegaban hasta el Ródano y los Cevenas. Habían extendido su influencia sobre el Belgio, alcanzando, en perjuicio de los susiones, la alianza de los belovacos. Pero les amenazaban por ambos lados los secuanos, que permanecían fieles á los arvernios, y más al Sur lindaban con los helvecios.

¿Qué hubiera resultado á la larga de estos antagonismos? Por la clientela la Galia se encaminaba hacia

la unidad. Esta la realizaron un punto los arvernios. ¿Quién sabe si otro pueblo más hábil ó más afortunado la estableciera de un modo definitivo? Para ello se necesitaba tiempo, seguridad, y aquella rivalidad incesante, sin contar la doble amenaza de Germania y de Roma, era una nueva causa de debilidad, una puerta más que facilitaba la intervención extranjera. Apelaron á ésta las ciudades y los partidos. Los arvernios lanzaron contra los eduos el ejército de Ariovisto. Los eduos llamaron á las legiones y llevaron á César á la Galia central. Un año después los remos, por odio á los susiones, le franquearon el paso hasta la Galia del Norte. La unidad que los galos no habían podido alcanzar en la época de su independencia, la impusieron por la fuerza los romanos.

CAPÍTULO II

LA CONQUISTA ROMANA

I. Conquista y organización de la provincia Transalpina (154-58 antes de J. C.).—II. Campañas de César (58-50 antes de J. C.).—III. Caracteres y efectos de la conquista.—IV. Las insurrecciones del siglo I después de J. C.

I.—Conquista y organización de la provincia Transalpina (154-58 antes de J. C.) (1)

Las buenas relaciones existentes entre celtas y griegos fueron muy ventajosas para Marsella. Los celtas, dueños de España, libraron á los masaliotas de la competencia cartaginesa y les dejaron libre el campo desde Gibraltar hasta los Pirineos. No quisieron extenderse por el litoral mediterráneo, como se habían abstenido anteriormente de invadir la cuenca del Ródano. Su concurso facilitó los viajes de Piteas. La invasión céltica de Italia dió resultados no menos halagüeños. Se arrojó á los etruscos de las vías comerciales abiertas entre el Rhin y el Adriático, de las que se apoderaron los mercaderes de Marsella. Las monedas de esta ciudad se esparcieron por la llanura del Po, el Tirol italiano y el Sur de Suiza.

Hemos visto que se rompió este acuerdo en el curso del siglo III antes de J. C. (2). Se rompió en Occidente á la vez que en Oriente. La cuenca del Ródano fué invadida como la península helénica. Otro peligro amenazaba á los masaliotas. Rechazados en el Norte por la invasión céltica, lo fueron también en el Sur por el em-

(1) FUENTES.—Sobre Aníbal en la Galia y las relaciones de Marsella y Roma: Polibio, III, 40-45 y 95; XXXIII, 4. Tito Livio, XXI, 23-37.—Sobre la conquista y la administración de la provincia: Tito Livio, *Periöchae*, 60, 61, 103. Estrabón, IV, 1, 11. Floro, III, 3. Dion Casio, XXXVII, 34, 47, 48. Orosio, V, 13-16. Cicerón, *pro Fonteio*.—Sobre los cimbrros: César, *Guerra de las Galias*, I, 7, 33, 40; II, 4, 29; VII, 77. Tito Livio, *Periöchae*, 63-68. Estrabón, VII, 2, 1-3. Plutarco, *Marius*, 11-27.

OBRAS DE CONSULTA.—Vaissette y Devic, *Histoire générale du Languedoc*, nueva edición, I y II, 1874-1875. En la misma obra, Lebeque, *Epigraphie de Narbonne, Fastes de la Narbonnaise*, 1887. Herzog, *Galliae Narbonensis historia*, 1864. Desjardins, *Géographie de la Gaule*, II. Hirschfeld, *Notices du Corpus inscript. latinum*, XII. Jullian, Artículos referentes á este tomo del *Corpus* en el *Journal des Savants*, 1889. Hennebert, *Histoire d'Annibal*, I y II, 1870-1878.—Sobre los cimbrros: Müllenhoff, *Deutsche Alterthumskunde*, II, 1887, páginas 112 y siguientes.

(2) Libro I, capítulo II, párrafo 3.º

puje del poder cartaginés. Sus colonias en España, cayeron sucesivamente en poder de Amílcar y Asdrúbal (236-220). Para obviar tantas dificultades necesitaban más que nunca de Roma. Así se estrechó entre las dos ciudades la alianza que debía determinar al cabo la sujeción de la más débil y la conquista de la Galia.

La segunda guerra púnica (218-201) puso á prueba la adhesión de Marsella y por primera vez llamó seriamente la atención de Roma sobre los galos transalpinos.

Entre las razones que movieron á Aníbal á penetrar por tierra en Italia, debe contarse la hostilidad de Marsella y el poder de su marina. Una derrota naval podía desbaratar desde un principio los planes del caudillo cartaginés. La marcha á través de la Galia y de los



Cascos galos de bronce hallados en tumbas antiguas

Alpes le pareció, á pesar de los obstáculos que presentaba, el mejor partido que podía tomar. Franqueó los Pirineos por el Perthus en verano del 218, y siguió el litoral sin hallar resistencia entre poblaciones ganadas de antemano á la causa púnica.

No sucedió lo mismo en el Ródano. Se hallaba en la zona donde dominaba la influencia de Marsella. Los masaliotas previnieron al Senado. Recibieron en su puerto al ejército de Escipión, mientras que por su consejo se situaba en la orilla izquierda del río un cuerpo de volcos arecomicos. Sin embargo, Aníbal pasó entre el Eygues y el Sorgue por un punto que hoy se llama la Ardoise; y en vez de arremeter contra los romanos, esquivó su encuentro. Los masaliotas, cuya actitud le obligó más de una vez á modificar sus planes, le impedían avanzar por el litoral, sin contar que, para caer sobre los galos cisalpinos, necesitaba dirigirse más al Norte. Remontó, pues, el Ródano y por el valle del Isère penetró en el país de los alobroges. Dos jefes se disputaban allí el poder supremo. Uno de ellos, favorecido por Aníbal, suministró víveres á los cartagineses, que avanzaron hasta el valle del Drac, donde inútilmente quisieron rechazarlos los caturigos. A costa de esfuerzos inauditos, vencedor de los hombres y de la

naturaleza, ganó por fin, por el Alto Durance, el paso del Mont-Genève y de allí adelantó hasta el Po. Ningún peligro amenazaba á Marsella y la guerra se desarrollaba en otras comarcas. Pero no había terminado aún el cometido de los masaliotas, que facilitaron el transporte á España de las naciones tan pronto como este país se convirtió para los romanos en campo de batalla no menos importante que Italia (1).

La derrota de Cartago en 201 y su caída definitiva en 146 entregaron á Marsella todo el tráfico de Occidente. Pero pronto se rompió el equilibrio entre la ciudad focense y su harto poderosa aliada. El mismo hecho que hizo llegar á su apogeo la propiedad de los masaliotas inauguró la era de su decaimiento. No lo advirtieron, ó no le dieron importancia al caso. Les convenía el protectorado de Roma y no hería su orgullo. Dispensándoles de todo cuidado de defensa, les permitía entregarse por entero á su verdadera vocación, que era el comercio. Guerrear en otro tiempo con vigor por necesidad. Luego olvidaron sus costumbres guerreras hasta el punto de no saber rechazar los insultos de sus vecinos.

En 154 los oxibos y los deciatos, de origen ligurino, que vivían á orillas del Var, atacaron las ciudades de Antibes y Niza. Estaban á pique de tomarlas cuando el Senado, á instancias de los masaliotas, envió contra ellos al cónsul Opimio. Roma no conservó las conquistas del cónsul; las cedió á los masaliotas con todas las ventajas y cargas que suponían. Lo único que les pidió fué que conservaran libre el camino de España, imaginando que podrían conseguirlo.

En 126 Marsella se quejó de las incursiones de los saluvios. Pero en aquella época la república romana estaba animada de diferentes intenciones. Había un partido que preconizaba reformas políticas en el interior y en el exterior. Uno de los artículos de su programa era la expansión hacia el exterior, la colonización lejana, más allá de los mares. Buscaba en aquella expansión un derivativo al pauperismo, un remedio para los males que padecían Roma é Italia. Soñaba en difundir la cultura latina, en el desarrollo progresivo de la ciudad. Este partido acababa de sucumbir con el primero de los Gracos; pero iba á resurgir más fuerte con el segundo, y contaba con representantes en la política. El cónsul designado cuando llegaron las quejas de los masaliotas fué Fulvio Flaco, uno de sus más ardorosos partidarios. El fué quien emprendió la campaña en el valle del Ródano. Por su proximidad como por su fecundidad natural, este país le ofrecía magnífico campo de aplicación para sus ideas.

Mal se conocen esas guerras. Fulvio Flaco venció en 125 á los ligures del litoral, á los saluvios y á los voconcios. Su sucesor, Sextio Calvino, acabó de someter á esos pueblos en 124. Pero los voconcios eran los vecinos de los alobroges. Estos eran clientes de los arvernios, cuyos sentimientos hostiles á Roma se manifestaron ya en la segunda guerra púnica, prestando auxilio á Asdrúbal en 207. El Senado buscó aliados contra tales enemigos. Los halló en los rivales de los arvernios. Entonces fué cuando por primera vez

(1) El itinerario de Aníbal ha dado origen á numerosas discusiones. Véanse Hennebert y Desjardins.

se cambiaron esas protestas de amistad con los eduos, que tan funestas debían ser para la independencia de la Galia (1). Sostenidos por aquel apoyo, los generales romanos empezaron el ataque. El asilo concedido por los alobroges al rey de los voconcios y las depredaciones en territorio de los eduos sirvieron de pretexto. Era la época en que el poder de los arvernios había alcanzado su apogeo. Su rey Bituit atravesó el Ródano á la cabeza de un gran ejército. El Senado, por su parte, envió en auxilio del consular Domicio Ahenobarbo al cónsul de aquel año, Q. Fabio Máximo, nieto del vencedor de Pydna. Las legiones eran inferiores en número; pero desde el primer choque se advirtieron las ventajas de la táctica y de la disciplina. Las batallas de *Vindalium* en la confluencia del Ródano y del Sorgue y de *Isara* en la confluencia del Isère y Ródano, aniquilaron á los galos (121). Bituit, aprisionado á traición, fué llevado á Roma. Figuró en el cortejo triunfal, montado en su carro de plata, con sus armas brillantes y multicolores, como aparecía en los combates.

Se formó una provincia llamada Galia Transalpina poco después de las victorias de Fabio y Domicio. Los arvernios no formaron parte de ella; pero se sometió á muchos pueblos que, como clientes, habían combatido en sus filas, los alobroges, los helvios, los volcos arecomicos. Lo mismo ocurrió con los voconcios, los saluvios, los ligures.

Aquellas adquisiciones, aun cuando extensas, no parecieron suficientes. El objeto esencial de la guerra no se conseguía si no quedaban aseguradas las comunicaciones con España hasta los Pirineos. El primer empeño de Domicio, que quedó como procónsul después de la partida de Fabio, fué reconstruir la vía que siguiera Aníbal entre el Perthus y la ciudad de Arles. Entonces tomó el nombre de vía Domiciana, que conservó. Tratábase de asegurarla por la derecha; tal fué la causa de la anexión de los volcos tectósagos y de una parte de los rutenios. La frontera que así retrocedía hacia el Oeste, iba á parar á los Cevenas para llegar al Ródano en su confluencia con el Saona y remontarlo hasta su salida del Lemán. Tomaban luego la línea de los Alpes hasta el Var y el mar. Se comprende que el trazado fuera deficiente en esta última región. Los altos valles alpestres no estaban apenas explorados en ninguna de sus vertientes. La mayoría de ellos no habían recibido ni debían recibir la visita de los soldados romanos.

El régimen impuesto á tan vasta comarca no fué uniforme. Desde que se lanzó por el camino de las conquistas, Roma imaginó que era conveniente crear una jerarquía entre los pueblos sometidos por sus armas. Merced á ella podía tener exigencias diversas para cada pueblo, según sus recursos y buena voluntad, y creaba al propio tiempo una diversidad de intereses que convenían al mantenimiento de su dominación.

(1) Los eduos recibieron entonces el título de «hermanos y consanguíneos del pueblo romano» (*fratres consanguineique populi romani*), título que el Senado les reconoció en diferentes ocasiones y que aún ostentaban á fines del siglo III después de J. C. Aquel título representaba en el derecho público de los galos una forma de alianza muy estrecha y solemne. Fué una hábil concesión de Roma para halagar á los celtas. Kirschfeld, *Die Haäuer und Avernier unter romischer Herrschaft*, «Sitzungsberichte» de la Academia de Berlín, 1897.

Los Estados más favorecidos eran los aliados ó federados. Conservaban su gobierno, la propiedad de su suelo, y gozaban de la exención de todo impuesto territorial. En cambio debían pagar tributos y venían obligados á la prestación de hombres, navíos y dinero. Abdicaban toda iniciativa en política exterior. Se inclinaban siempre ante la «majestad», es decir, la autoridad suprema del pueblo romano.

Hay que descontar de esta categoría á los primeros



Reverso de dos monedas de los alobroges (2)

amigos, á los masaliotas. Habían favorecido y contribuido con todas sus fuerzas á la victoria de Roma. Merecían participar de sus beneficios. Dos veces ya, después de la expedición de Opimio (154) y de la de Sextio (124), sus dominios y sus rentas habían aumentado á costa de sus vecinos. La generosidad de los vencedores no se limitó á tan poca cosa. Pompeyo, entre 77 y 72, les concedió las tierras de los saluvios; César, después del 58, desmembró en su provecho á los volcos arecomicos y á los helvios. Aquellas concesiones les hicieron dueños de todo el valle inferior del Ródano hasta el sitio en que el río se estrecha entre los montes del Drome y del Ardeche.

Los otros Estados que se llamaban federados no gozaban de igual benevolencia. No se sometieron voluntariamente á Roma. Así es que no se les trataba bajo un pie de igualdad (*aequo jure*) como á Marsella. Tal diferencia, puramente formal, no era la más importante. Los procedimientos que se usaban con ellos les demostraban su inferioridad respecto de los masaliotas. Sin embargo, aquellos Estados no eran numerosos. Sólo se cita á los volcos tectósagos que desde el primer momento fueron elevados á tal condición, y quizá también á los arecomicos, que tampoco citan Fabio ni Domicio entre los pueblos vencidos. El título de fede-



Moneda de los nitióbrigos (3)

rados se retiró á los tectósagos para castigarles de su defección cuando la guerra de los cimbroes en 106. Se concedió á los voconcios, probablemente por Pompeyo (77-72).

Los Estados que acabamos de citar no formaban, propiamente hablando, parte de la provincia. La provincia, el dominio sometido á la autoridad inmediata del gobernador ó *procónsul*, se componía de Estados «estipendiarios», así llamados porque, además de sus prestaciones extraordinarias de que compartían la pesadumbre con los Estados federados, estaban obliga-

(2) La primera tiene por tipo una gamuza y rueda; la segunda, un hipocampo.

(3) En el anverso, el busto de un jefe; en el reverso, un caballo en libertad.